

MISIÓN EN INGLATERRA

MADERAS, HIERROS, JARCÍAS Y LONAS: UN RELATO DE ESPIONAJE
NAVAL EN EL SIGLO XVIII



José Antonio Devesa Salmerón



ÍNDICE

CAPÍTULO 1	7
CAPÍTULO 2	35
CAPÍTULO 3	65
CAPÍTULO 4	101
CAPÍTULO 5	125
CAPÍTULO 6	159
CAPÍTULO 7	195
CAPÍTULO 8	225
CAPÍTULO 9	251
CAPÍTULO 10	265
CAPÍTULO 11	321
CAPÍTULO 12	335
CAPÍTULO 13	365
EPÍLOGO	397
SOBRE LOS PERSONAJES HISTÓRICOS	427
GLOSARIO UNIDADES DE MEDIDA Y TÉRMINOS NAVALES.	429

“Todos los fondos que quedaren, después de ser atendidas las demás obligaciones de la Monarquía, se han de aplicar a la Marina”.

Zenón de Somodevilla y Bengoechea (1702 – 1781),

Secretario de Hacienda, Guerra, Marina e Indias.

Capítulo 1

Asamblea amistosa literaria

Cádiz, diciembre de 1752

En la pieza de la casa familiar reservada para él, su mujer y sus tres hijos, Diego García Hamilton aprovechaba los últimos rayos del sol del atardecer para rasurar con esmero su rostro bronceado. Había pasado buena parte del otoño navegando al mando de su corbeta entre las aguas del cabo de San Vicente y las Azores, escoltando a los mercantes con registro que regresaban de Indias en el último tramo del tornaviaje y, por ello, aún conservaba el buen color que procuraba la exposición a la luz y los vientos en la cubierta de un velero.

Satisfecho con la imagen que le devolvía el espejo del mueble de aseo, dejó la navaja de afeitar, tras limpiarla con cuidado con la misma toalla con la que se había refrescado el rostro, sobre la repisa del palanganero. Ahora que ya no había peligro de mancharla con el jabón para el afeitado se enfundó la camisa blanca de cuello alto y, mientras se ataba la coleta con la habilidad de quien lo ha hecho una y mil veces, empleando una cinta de seda negra para sujetar su largo

cabello rubicundo, miró de soslayo, con orgullo, la casaca de su mejor uniforme.

El terno que usaba para las ocasiones más solemnes incluía una guerrera larga, azul turquí, con el forro y las vueltas en rojo y los botones dorados. La prenda estaba colocada sobre el respaldo de una silla, esperando que él acabara de acicalarse y vestirse. Inés, su esposa, se había encargado de cepillarla con esmero, no sin antes sacar de la habitación a los dos gatos de sus hijas, Antonia y Rosario; pues los pelos de las mascotas eran muy capaces de adherirse a cualquier prenda que se pusiera a su alcance, arruinándola, y él deseaba estar impecable cuando llegara a la tertulia. Donde era muy probable que se encontrara con personas de mucha calidad.

Diego no solía utilizar peluca, pero esta vez consideró que la etiqueta la hacía necesaria y se acomodó una corta y bien empolvada sobre su pelo natural, que le pareció muy elegante. Colocada la prenda se sentó en la cama, se calzó las medias encarnadas —muy ajustadas a las pantorrillas—, y se abotonó los calzones por debajo de las rodillas. Siempre se había sentido orgulloso por tener unas piernas fuertes y bien torneadas, por lo que pensaba que los calzones y las medias bien ceñidas, como dictaba la moda, lo favorecían. Además, usaría sus mejores zapatos con hebilla de plata para completar su atuendo. Por último, mientras se vestía con el chaleco encarnado sobre la camisa blanca, se asomó a la ventana interior de su dormitorio, la que daba al patio. Allí abajo, sobre el enlosado de baldosas en blanco y negro, esperaba ya su suegro, conversando tranquilamente con don Fabián, el padre de Diego.

Era don Fernando Velasco —maestro cirujano destinado en el Real Colegio de Cirugía de la Armada— quien había recibido la misteriosa invitación, firmada por el director de la Real Compañía de Guardiamarinas, don Jorge Juan y Santacilia. Misteriosa, porque el guardiamarina que se la había entregado

había dejado bien claro que se esperaba que acudiera acompañado por el capitán de fragata Hamilton, su yerno y, si lo deseaba, por cualesquiera otros acompañantes. Aunque en la tarjeta solo figuraba la leyenda: «Señor don Fernando Velasco Herranz, cirujano de primera de la Real Armada, y familia».

Diego sabía por su suegro —que había sido invitado en otras ocasiones a esas asambleas, y siempre había acudido a ellas solo o acompañado por algún colega del Colegio de Cirugía—, que allí se reunían para hablar de ciencia, y a veces de literatura o de historia. Sobre todo, se discutía de matemáticas, astronomía, física y geografía, además de botánica y sanidad. Por ello, a esas veladas acudían personas instruidas y relacionadas con los temas a tratar: médicos o cirujanos como don Fernando, profesores de la Real Compañía y altos mandos de la Armada y del Ejército, constructores de buques del arsenal de La Carraca y, en ocasiones, algún ilustre forastero de paso por Cádiz que pudiera aportar alguna experiencia interesante.

Pocas personas, quizás solo las acompañantes de los invitados, iban únicamente como oyentes a esas asambleas. De hecho, ser requerido para asistir —aunque fuera indirectamente— representaba un honor por la parte que le tocaba y, desde que su suegro le había avisado del requerimiento, no dejaba de darle vueltas al motivo de que lo quisieran ver a él en una reunión tan culta.

Como oficial de la Armada tenía una buena formación en matemáticas y astronomía, pero nunca había destacado especialmente en estas o en ninguna otra materia. Tampoco conocía personalmente a Jorge Juan, pues, aunque eran de la misma edad, no llegaron a coincidir en la Real Compañía cuando fueron cadetes y tampoco en los posteriores destinos de cada uno. Quizás el motivo fuera su mucha experiencia, pues había navegado por el Mediterráneo occidental hasta las costas de Italia; y por el Atlántico desde el mar de las Hébridas, en la

costa oeste de Escocia, hasta las Canarias y Cabo Verde, al sur. Además de realizar dos viajes redondos a las Antillas, donde, también, pasó destinado algunos años de su juventud en la escuadra de guardacostas de La Habana, recorriendo las aguas caribeñas.

«Sí, —se dijo a sí mismo— seguramente conocían su hoja de servicios y le pedirían su intervención para que complementara alguna observación sobre la navegación en las altas o medias latitudes». Sobre eso sí podría hablar con solvencia.

Se contempló de nuevo, vanidoso, esta vez en el espejo que adornaba la puerta del armario de su dormitorio. Iba a proceder a enfundarse la casaca cuando Inés irrumpió en la habitación.

—¿Has dejado ya a las niñas con la abuela Elizabeth, cariño? —preguntó, mientras percibía que la expresión del rostro de su esposa denotaba tensión.

—Sí, pero no te pongas la casaca aún, marido. Antes debes sacar a tu hijo Diego Fernando de su absurdo escondite —dijo ella con un deje de enojo en su voz—. Por cierto, estás elegante como un rey, amor —agregó mirándole de arriba abajo.

—Tú también estás muy elegante, esposa —replicó Diego.

Ella se había puesto un refinado vestido azul oscuro —uno de los favoritos de su esposo— y se había recogido el pelo negro azabache en un sencillo moño. Eso permitía que resaltaran los dos pequeños pendientes con esmeraldas que llevaba puestos, a juego con el color de sus ojos. A sus veintinueve años, diez menos que él, Inés lucía espléndida. Tres embarazos con sus tres partos no habían arruinado su piel. Y su figura, antaño excesivamente delgada, había ganado algunas curvas que la hacían más atractiva a sus ojos. Como quiera que

pasaban largos periodos de tiempo separados, cuando Diego estaba embarcado, procuraban compensarlo pasando juntos todo el intervalo que él permanecía en Cádiz. Por ello, Inés había decidido acompañarle a la tertulia.

—¿Dónde está Dieguito? —preguntó contrariado.

—Se ha metido debajo de su cama. Se niega a ir con nosotros a la asamblea.

Diego Fernando había cumplido once años el pasado mes de julio y era un chaval muy desarrollado para su edad. Al menos físicamente, pues apuntaba a que en los pocos años que le quedaban de desarrollo alcanzaría la altura de su padre, que era superior a la media. Sin embargo, aún tenía arrebatos de niño, como aquel. Diego pensaba que «si lo hubiera obligado a navegar desde lo nueve años, como hizo su padre con él, ahora estaría mucho más despierto, desde luego más maduro». Aun así, esperaba que el año siguiente, o como mucho cuando contara con trece años, lo enviaría a la Real Compañía para que hiciera carrera en la Armada. De seguro, uno o dos años más marcarían la diferencia y le harían tener más entendimiento. A Dieguito no se le daba mal la trigonometría, el álgebra o la cosmología, y eso era la base de todo para ser un buen navegante. Por ello quería que los acompañara esa noche, pues era una gran oportunidad para un joven acudir a una reunión tan culta donde, además, estaría presente quien estaba al frente del colegio naval.

Se dirigió, atravesando la sala con grandes zancadas y seguido por Inés, al dormitorio de su hijo; mientras pensaba contrariado que «si tenía que echarse al suelo para obligarlo a salir de su escondite iba a arruinar su vestimenta». Sobre todo si tenía que forcejear con el muchacho para sacarle de debajo de la pesada alcoba, ahora que estaba tan cerca la hora de la tertulia, pues no le daría tiempo para cambiarse y llegar

puntual. Podría requerir la ayuda de alguno de los criados de la casa, para que fuera él quien lo hiciera, pero no quería dejar en evidencia a su hijo por su estúpido comportamiento.

—¡Dieguito! ¡Tienes exactamente cinco segundos para salir de ahí y terminar de vestirme! —exclamó al entrar en la habitación, tratando de mostrarse muy severo.

La ropa con la que habría de vestirse el joven para asistir a la asamblea permanecía sobre el colchón de la misma cama bajo la que se escondía. La elegante casaca burdeos, a la francesa, el calzón a juego y la chupa blanca, con botones forrados del mismo color que la chaqueta, esperaban inútilmente a su dueño extendidas sobre la colcha. Aquel conjunto debía haber costado una pequeña fortuna al abuelo Fabián cuando se lo regaló en su último cumpleaños, y debía procurar usarlo, pues pronto se le quedaría pequeño al ritmo que crecía el muchacho.

—¡No quiero ir a esa aburrida reunión de vejestorios! ¡Me prometiste que podría ir con el primo Santiago y el tío Agustín a pescar esta noche a la Caleta! —argumentó su hijo.

Era cierto que se lo había prometido, pero eso fue antes de que conociera la invitación de esa noche. «¿En qué pensaban los mozos de hoy en día? ¿Acaso no sabía que si lo obligaba a ir era por su propio interés?», pensó. Él no se habría atrevido a replicarle a su padre cuando tenía la misma edad que Diego Fernando. Tal era el respeto que sentía por su progenitor que no se lo habría planteado siquiera. Sin embargo, allí estaba su hijo, en abierta rebeldía con él. Eran los tiempos, que avanzaban muy deprisa y hacían que se perdieran las buenas costumbres. Eso, y los cortos periodos que él pasaba en tierra, debían ser el motivo del aniñado comportamiento de su primogénito. Un muchacho criado entre mujeres, como su madre, sus hermanas y sus tías, al que le hacían siempre el gusto. Viviendo,

además, con unos abuelos benévolos también con sus caprichos. Sin el referente que podía proporcionarle su padre.

—Te diré lo que voy a hacer, Diego —expuso con calma—. Voy a terminar de vestirme y saldré de la casa con tu madre y con el abuelo Fernando en los próximos minutos. Puedes venir con nosotros, como es tu deber, o puedes irte a pescar con tu primo y tu tío. Pero te juro que si te decides por lo segundo hablaré con el abuelo Fabián para que te enrole en uno de sus barcos mercantes, como paje. En pocas semanas estarás navegando y sabrás lo que es el trabajo duro, el frío, el sueño y la mala comida. Y ya sabes que nunca hago un juramento en vano —añadió solemnemente.

A continuación, se dio la vuelta y se dirigió a su dormitorio mientras captaba la mirada asustada de su esposa. Inés sabía que él era muy capaz de cumplir con lo que acababa de anunciar y una negra sombra, de mal humor, cayó sobre ellos ensombreciendo lo que quedaba de la tarde. Para colmo, cuando regresaron al cuarto, se percató de que se habían dejado la puerta abierta. Leo y Medianoche, un gato de pelo blanco como la nieve, el primero, y negro con las patas y el vientre blanco el otro, se habían subido a la silla donde reposaba su guerrera y estaban acurrucados sobre ella, desluciendo su aspecto al dejar sus pelos adheridos al paño.

* * *

Después de perder un tiempo precioso volviendo a cepillar la casaca de su uniforme, para desembarazarla de los pelos gatunos, Diego, Inés y don Fernando salieron de la casa de la calle de las Flores, en el centro de la ciudad, y se encaminaron a la residencia donde vivía el ahora director de la academia de guardiamarinas. El frío húmedo de la despejada tarde ayudaba

a caminar sin acalorarse, pese a que apretaban el paso porque pensaban que llegarían tarde.

«Jorge Juan se alojaba desde hacía pocos meses en uno de los cuartos que había cedido el Cabildo de Cádiz para ampliar la Real Compañía, detrás de la Cárcel Real y contigua con una antigua posada», explicaba don Fernando mientras caminaban apresurados. «Como el capitán de navío vivía solo y siempre viviría solo, pues era caballero de la Orden de San Juan de Malta y, como todos los caballeros sanjuanistas, había hecho voto de castidad. No necesitaba mucho espacio para alojarse. Le bastaba con un dormitorio, un despacho y un pequeño salón donde organizar las tertulias», había concluido el cirujano.

El buen hombre, ante el relato del episodio de insubordinación de su nieto, había tratado de quitarle importancia. «Cosas de chiquillos. Por la mañana se arrepentirá y pedirá perdón», dijo contemporizando, sin entrar a valorar la amenaza de su padre de enrolarlo en un buque del comercio.

La noche, que en el mes de diciembre siempre acostumbraba a caer rápido sobre la ciudad, amenazaba con alcanzarles cuando pasaban por la amplia plaza que se abría frente a la nueva catedral en construcción. El majestuoso edificio, rodeado de andamios, se elevaba ya a una altura considerable del suelo, pero era evidente que aún llevaría años de obras terminarlo. En ese punto los alcanzó a la carrera Diego Fernando, para alivio de su madre y descanso de su padre, que ya no se vería obligado a cumplir con su promesa de enviarlo a navegar.

—Lo siento, padre. He pensado que tenía vuestra merced razón y me he apresurado para alcanzarles —expuso el joven mirando al suelo, con el rostro congestionado por la carrera.

Al igual que su progenitor, Diego era de piel muy pálida, de manera que enseguida se notaba cuando estaba sofocado. Su